

# Editorial

## Intelectuales y sociedad

Desde distintas visiones de las ciencias sociales se analizó, no sin dificultad, a estos agentes que, ocupando una posición privilegiada en la relación con la cultura y el conocimiento, se valen de este vínculo para legitimar sus intervenciones públicas. Aunque distintas tradiciones culturales (aun las que los descalificaron), identificaron este papel social con el de crítico del orden y más específicamente, cuestionador de la razón de Estado (papel amable que en su versión más generalizada se asienta sobre visiones individualistas ahistóricas, teñidas de elementos románticos), puede obviamente, también tomar el rumbo de la defensa de un orden. En todo caso, ya sean publicistas flexibles de un libro sagrado o quienes formulan preguntas sobre las piezas que arman el libro sagrado, tuvieron y quizá tienen, un lugar significativo en la producción y reproducción de visiones del mundo. Es en ese sentido que la sociología les ha dedicado un espacio significativo e intentó distintas caracterizaciones: conglomerado entre, pero no sobre, las clases (Manheim); custodios de la herencia (Shills); bufones, porque trabajan sobre lo inesperado y tienen un lugar para hacerlo (Dahrendorf); reavivadores del conflicto necesario en la tradición democrática (Lipset); bricoleurs, (Bourricaud); fracción dominada de la clase dominante (Bourdieu); etcétera. Más allá de las diferencias y de los reduccionismos producto de las implicaciones apasionadas, muchos grandes analistas de lo social, incluyendo los clásicos, se detuvieron en esta cuestión, pero no reproduciendo el mito romántico ni demorándose en sus aspectos pintorescos, sino que lo tomaron como un elemento significativo para construir objetos analíticos que dijese algo sobre la cosa pública.

Preguntarse por los intelectuales desde un espacio cultural peri-

férico en el fin de siglo, puede tener algo de rutina académica de especialista, y entonces simplemente se recurre a los tópicos prestigiosos en el área a nivel internacional y se los reproduce, conservando el patrón, atendiendo a las variaciones nacionales, lo que tiene algo de sumiso costumbrismo, pero que posibilita su circulación en el espacio subordinado que le está reservado. Otra posibilidad es que pueda estar motivado por entender algo de la propia sociedad, lo que es indudablemente una preocupación intelectual y si se quiere, política. Entender, sí, sus lógicas internas de funcionamiento; indagar, también, acerca de las trayectorias históricas que hay detrás de las relaciones evidentes del presente, pero para dar cuenta –seguramente de manera mínima, parcial– del proceso de profundas transformaciones culturales que se han experimentado en la sociedad en las últimas décadas. El intento supone valerse de las herramientas que generalmente se utilizan para decir algo sobre otros lugares sociales, y hacerlo con espacios privilegiados en la producción de visiones del mundo ligados al ámbito científico y cultural. Las limitaciones, sentidos comunes, categorías naturalizadas, analizados corrientemente en otros ámbitos, adquieren particular relevancia en un mundo académico y cultural en el que la autonomía imprescindible para la producción de conocimiento se encuentra debilitada en extremo. Si se toma en cuenta que la actividad de este tipo social llamado intelectual sólo es posible a través de la existencia de un mundo autónomo, con capacidad de resistir a las coherciones de los poderes políticos, religiosos y económicos, con capacidad de transformar en lenguajes propios, las heterogéneas y complejas demandas sociales; si se reconoce que esta autonomía es la que le confiere una autoridad específica y se acepta el supuesto de que esa condición aumenta la potencial disposición de producir conocimiento crítico (y en este sentido, la posibilidad de intervención política en términos amplios), es que se justifica la mencionada relevancia de la cuestión planteada.

En el caso particular de los ámbitos de producción de conocimiento sobre lo social, quizás habría que tomar en cuenta dos elementos importantes que producen el deterioro de la autonomía. Por un lado, una verdadera revolución cultural que ha difundido una visión reduccionista de lo social, legitimada por un saber científico como la economía y, estrechamente ligado a este proceso, las modificaciones estructurales que se producen en la relación entre mundo tecnocrático internacional y campos académicos locales, en la que los segundos no sólo pierden autonomía, sino que en zonas significativas entablan una fuerte relación de subordinación. En el primer caso, esta fuerza cultural que se nutre básicamente de una concepción restringida de la acción social y la racionalidad (identificada con una racio-

nalidad individual ahistórica, sin condicionamientos económicos y sociales que la conformen o la constriñan), ha encontrado agentes con credenciales científicas provenientes de una ciencia económica ideologizada (profundamente subordinada a poderes políticos y económicos y, además, poderosa culturalmente), que han desempeñado el papel de apóstoles difusores de la fe. La sociedad se encuentra frente a intelectuales subordinados a instancias extracientíficas y culturales que, aunque conservadores, están siendo parte de un proceso revolucionario que supone el cambio para la restauración de un orden. Paradójicamente, en Argentina, los agentes concretos más significativos que cumplen con pasión este papel cultural que contribuye a la aceptación de un orden social elitista y excluyente, son producto del proceso de movilidad social ascendente; herederos, en las palabras despectivas de Leopoldo Lugones, de la "plebe ultramarina", y deben su ascenso social que los coloca en el papel de doctos habilitados para moralizar, a las formas de democratización social que pretenden destruir. El discurso moral legitimado científicamente afecta de manera por demás significativa a la ciencia económica, aunque también esta fuerza cultural con soportes políticos y financieros se expande a distintas áreas del conocimiento.

El segundo caso se deriva de la situación descrita anteriormente: los organismos financieros internacionales (fundamentalmente Banco Mundial y en menor grado el BID) han cumplido un papel relevante en la definición de las políticas sociales del gobierno nacional, tanto en los contenidos, como en la definición del perfil técnico profesional necesario para llevarlas a cabo y, fundamentalmente, en las visiones de lo social sobre las que se montan.

Estos organismos se han convertido no sólo en financiadores, sino en productores directos de conocimiento sobre lo social, con una gran fortaleza institucional y capacidad política para generar un efecto simbólico muy significativo. Paralelamente se debe considerar la situación de debilidad (económica, cultural, etcétera) del mundo académico que se ocupa de estas cuestiones, algunas de cuyas zonas quedan directamente destinadas a reproducir ese tipo de conocimiento tecnocrático, cuyos núcleos centrales se elaboran directa o indirectamente en esos organismos. Una de las preguntas que surgen casi irremediamente de esta situación es ¿en qué medida la necesidad de conocimiento tecnocrático sobre lo social que acompaña a los planes de ajuste estructural, no produce una modificación y pérdida de autonomía de zonas del sistema científico que se ocupan de esas cuestiones y entablan, por aspectos relativos al mercado profesional, una relación subordinada con los organismos?

Preguntarse en este contexto sobre los procesos que están detrás

de la circulación de las ideas y, específicamente, de conceptos que adquieren el estatus de categorías científicas o por lo menos formas naturalizadas de nombrar lo social, como producto de una reestructuración del campo científico y cultural, supone la superación de algunos obstáculos producto de la magia social. Karl Marx hacía explícito el recurso ideológico por el cual se naturalizan determinados espacios sociales y al respecto mencionaba irónicamente que los teólogos establecen dos clases de religiones: "Toda religión extraña es pura invención humana, mientras que su propia religión es pura emanación de Dios". Retomar las tradiciones clásicas del análisis social es entre otras cosas desnaturalizar, preguntarse también por las condiciones de producción del propio discurso. Indagar sobre las tramas de relaciones, las instituciones, los agentes y las disputas que constituyen cualquier espacio social y también el propio, formulando preguntas sobre las lentes con que se mira lo que se mira, es retomar esas tradiciones de la manera más productiva.

En el cuento de Borges "Las ruinas circulares" el narrador relata la historia de un hombre viejo, un mago, que se propuso una tarea difícil, acaso imposible para un hombre común o para cualquiera que esté fuera de las páginas de un texto de ficción: quiso soñar a un hombre e imponerlo a la realidad. De mil y una maneras, se dice, lo intentó. Primero con apariencias a las que imaginó en una especie de aula en donde él les impartía sus conocimientos. Sus alumnos aspiraban a dejar de ser fantasmas y a convertirse en hombres reales. Por fin armó órgano por órgano a un hombre y efectivamente lo impuso a la realidad. Para que no sintiera la indignidad, la humillación de ser una mera apariencia, un simple sueño de otro, le infundió el olvido de las condiciones que lo produjeron.

En el cuento se menciona que hay sólo un elemento en la vida que sabe ese secreto: el fuego, al que esa apariencia es inmune. Se recordará que al final del relato, el hombre ya viejo ve incendiarse el lugar en que habitaba y cansado de recorrer los caminos no hace nada por evitar que las llamas lo alcancen. Es en ese momento cuando comprueba que las llamas no le producirán nada, y entonces, que él también era un sueño de otro.

Las ciencias sociales dan cuenta de cómo a los agentes sociales se les infunde el olvido acerca de las condiciones que los produjeron como tales, y es práctica reconocer y estudiar las manifestaciones de esos procesos en otros, pero quizá se omite hacerlo, particularmente en algunos momentos, con los espacios cercanos, familiares. Quizás en este caso, no por el simple prejuicio de no interrogarse a sí mismo, sino porque están culturalmente vestidos de cierto halo de sacralidad, aun en los mundos deteriorados de las sociedades periféri-

cas, el deterioro y la debilidad cultural podrían generar mayores condiciones objetivas para la transparencia, aunque también esa misma situación puede exacerbar la necesidad de fortalecer las murallas culturales que resultan en mayor opacidad. La posibilidad de producción de conocimiento crítico sobre la propia sociedad, seguramente debe tener alguna relación con la necesidad de recordar que a estos agentes sociales del mundo de la ciencia y la cultura (y a sus discursos) las llamas tampoco los queman; que, como la señora que va al mercado, son también el producto de los sueños de esos otros que son las instituciones sociales (que también fueron y son soñadas permanentemente). Saber, por ejemplo sobre las condiciones de producción del discurso genial y pensarlo como producto de la laboriosidad y la herencia, es quizá reducir un tanto el encantamiento que suele acompañar algunas zonas de la práctica intelectual. Problematizar la categoría pobreza como elemento analítico y encontrar la carga moralizadora y reproductora del orden social que conlleva, supondría cuestionar enteras zonas de reproducción de conocimiento; interrogar la idea de participación social que acompaña a las nuevas políticas sociales, implica dudar de la asepsia y contenido democrático de una categoría central del mundo tecnocrático contemporáneo. Y es verdad que en algunos casos (por distintos y quizá legítimos motivos) es probable que se desee ignorar los procedimientos por los que el prestidigitador asombra, o bien cómo se constituyeron las herramientas que manejamos con gestos rutinarios o los espacios por los que transitamos. Sin embargo, este es uno de los modos que permiten trabajar sobre los débiles discursos críticos del presente y contribuir a dotarlos de alguna productividad cultural.